

TOMÁS VILLÉN ESTREMER



LA VERDAD SOBRE *CENCERRO*  
Y OTROS RELATOS



## Capítulo 1

*¡Vaya nohecita!*

Solo tenía nueve años, pero aquella injusticia me dejó marcado de por vida. Aquel día fatídico, con su noche, me sentí abandonado. Realmente pasé más miedo que nunca en mi corta vida. Sobre todo, porque sufrí el primer castigo, completamente injusto y sin explicaciones.

Estábamos con la recolección de la aceituna, en la campaña de 1950. Yo aún no podía varear las olivas como un hombre, así que participaba cogiéndolas del suelo, junto a las mujeres.

Habíamos ido al *Coloreal*, una finca de tierra roja, situada en el antiguo camino de Martos, a unos seis kilómetros de El Castillo de Locubín. Era el once de enero. El día no había sido de los peores: mucho frío por la mañana, pero mejoró por la tarde. Incluso lució el sol.

Aquel día recolectamos un total de nueve sacos de sesenta kilos cada uno, aproximadamente. Sobre las seis de la tarde, al acabar la jornada, me señalaron a mí para que los llevara a la almazara, a lomos de dos caballos y dos mulas que me entregaron ya cargados. El molino estaba situado a la entrada del pueblo, y solo tenía que llevarlos, entregarlos y hacer que los registraran junto a los que ya habíamos llevado otros días.

Aquella confianza la consideraba un honor que, además, creía que me merecía, Había dado pruebas claras de apego al trabajo y a la responsabilidad, y todos estaban seguros de que cumpliría aquella tarea administrativa que me encomendaron.

En cuanto acabaron de cargar los sacos, todos se marcharon a casa, mientras yo disponía el orden del convoy y dudaba entre llevarlos subido al primer caballo o situar mi montura en último lugar. Decidí lo segundo, y esa fue mi perdición.

A la salida del olivar, el caballo que iba en cabeza, en lugar de tomar el camino correcto se desvió hacia el río, probablemente porque tenía sed. Al principio no me di cuenta, y de pronto me vi en un campo desconocido. Ya estaba anocheciendo; con todos los olivos de mi entorno movidos por el viento, parecían fantasmas lanzándose sobre mí.

Con lo feliz y contento que yo estaba por el encargo recibido, me veía ahora perdido entre los olivares, con cuatro animales a mi cargo y sin ver la manera de orientarme para encontrar el camino. Era incapaz de pensar concretamente en la solución.

Hice que los animales se parasen, y corrí de un lado a otro. Con lo poco que se veía fui hasta un montecillo, me subí a un olivo y desde allí divisé, al fin, el viejo camino, que se encontraba relativamente próximo.

Até unos a otros, y lógicamente puse mi montura el primero, y así me alejé hacia el buen camino, donde pensaba encontrarme con otros aceituneros y normalizar definitivamente mi estado de ánimo.

Pero por allí no pasaba nadie. Ya debían haber llegado todos al pueblo, y yo no veía más que fantasmas. No creía que me faltaran más que dos o tres kilómetros para llegar. Tiritaba aterrado; aún hoy no sé si de frío o de miedo. Quizás por las dos cosas.

Me orienté hacia el molino de Aguayo, que era mi destino, y observé cuando llegué que era el último cargamento pendiente de recibir y controlar. Allí hubo de todo: risas despreciativas por haberme perdido, cosa que no acepté nunca; también decían que me había entretenido jugando. A pesar de todo, yo tenía más miedo que vergüenza.

Finalmente se hicieron cargo de la aceituna, y me dieron el recibo correspondiente: 540 kilos. No lo olvidaré nunca.

A continuación, volví a tomar la reata de los cuatro animales para llevarlos a casa. Yo iba contento. Aunque llegara algo tarde, había cumplido con mi deber.

Eran las diez de la noche cuando llegué a mi casa en la calle Collados. Encontré a todos muy alterados, pero nadie me preguntó qué me había pasado. Se limitaron a darme una paliza de aúpa; incluso mis cuñados (tres de mis hermanas estaban casadas). Todos me dieron algún golpe... menos mi madre, que no estaba; y mi abuelo Antonio, que solo decía: «Puñeta, caballeros, pero ¿es que lo hizo tan mal?».

Me quedé sin cenar, y sin ninguna explicación de por qué me pegaban. Me quedé tirado en el tercer piso, en las cámaras, pensando en lo desgraciado que era, pero sin decir ni pío a mi favor, porque no me lo preguntaron.

Al día siguiente parecía que no había pasado nada. Nada me dijeron, y nada les dije. Pero quedé marcado para recibir en el futuro todas las injusticias de todo el mundo, incluso de los parientes más cercanos.